

GERARD
MENDEL

PSICOANÁLISIS DE HITLER

El psicoanalista francés Gerard Mendel ha publicado dos volúmenes, «La rebelión contra el padre» y «La crisis de las generaciones» (Ediciones Península, Barcelona), que constituyen un importante intento de fundación de un socio-psicoanálisis basado —aunque con notables variaciones y apertura de nuevos caminos— en el cuerpo doctrinal de Freud. Del primero de los dos libros citados extraemos un capítulo, dedicado a Hitler, que nos parece el primer intento de análisis profundo de la personalidad del hombre que revolucionó el mundo.

«Mein Kampf» («Mi lucha») fue publicado en 1925, y ahora, su lectura o relectura produce una curiosa impresión. De este libro, y por su autor, les llegó la muerte a cuarenta millones de seres humanos (rostros precisos para cada uno de nosotros). Sin el nacimiento y la existencia de este individuo, Adolf Hitler, es seguro que no hubieran perecido seis millones de hombres, mujeres y niños judíos.

No resulta, pues, fácil estudiar este documento, «Mein Kampf», con la serenidad científica que se requiere. Por otra parte, si bien es cierto que han aparecido muchas obras históricas sobre Hitler y el nazismo, se han publicado



pocos trabajos sobre el aspecto psicológico del fenómeno. Se siente una repulsión, una resistencia cuando se intenta introducirse en la intimidad psíquica de Hitler. Y, sin embargo, este hombre nos parece reflejar las grandes corrientes del alma colectiva inconsciente de la época moderna, que, gracias a su estructura psíquica, supo y pudo utilizar.

Al considerar a «Mein Kampf» como una autobiografía, quisiéramos intentar comprender qué imagen suya quiso dar y dio Hitler a quienes se convirtieron en sus fieles —la mayoría de los electores alemanes—, y también, y sobre todo, cuáles fueron los mecanismos psíquicos de la obra en él.

Trataremos, pues, de psicología individual y colectiva. ¿Quién, por otra parte, podría pensar de verdad que esta victoria de lo irracional que realizó el nazismo en plena civilización industrial se explica únicamente en términos de economía? Acontecimientos históricos (la derrota de 1918), fenómenos económicos (la «crisis»), particularidades socio-culturales (el estatuto «castrado» de la mujer alemana y el sistema de educación de los jóvenes que de dicho estatuto se desprende), procesos inconscientes ligados a la



En el Reichstag de Berlín, septiembre de 1939, Hitler declara la guerra a Polonia.

civilización industrial (Alemania era entonces el país más industrializado de Europa), todo ha de tomarse en consideración si queremos comprender el arranque del nazismo.

Varios hechos detienen la atención a una simple lectura, no especializada, no propiamente psicoanalítica, de «Mein Kampf».

En primer lugar, uno queda sorprendido por el enorme potencial agresivo del libro. A lo largo de sus 686 páginas no se habla más que de lucha, de combate contra un enemigo insultado, arrastrado por el fango casi en cada página, y al que habrá que hacer doblegar o exterminar. La guerra se anuncia como ineluctable y deseable. El error de los políticos que leyeron este libro antes de 1939 fue pensar que se trataba de una operación táctica y de propaganda —que también lo es, y de manera declarada— llevada por un hábil político: no captaron la profunda y apasionada sinceridad de la obra, la franqueza de un enfermo mental delirante y que no puede disimular. Hay que tomar al pie de la letra, la experiencia clínica nos lo enseña, lo que dicen los enfermos. La serie de acontecimientos de los veinte años siguientes está anunciada en 1925. Y desde 1933 a 1945, la

Historia de Europa y del mundo van a depender, en gran parte, de la evolución de dos personalidades paranoicas (Hitler y Stalin), cada una hundiéndose progresivamente en su delirio, aunque conservando hasta el final el poder. Hubiera sido prudente separar en cada uno de estos dos casos la parte de habilidad y la de carácter patológico que había de llevarles necesariamente a unos errores de apreciación. Pero se concede tal crédito al triunfo social, que a los estadistas occidentales, por lo menos hasta el comienzo de la guerra, les pareció inimaginable que enfermos mentales pudieran llegar al puesto de Jefes de Estado. Tal pensamiento hubiera empeñado su propia estima, ya que nada valdría el triunfo más completo si se encontraba al alcance de un medio loco. Sin embargo, muchos actos de Hitler no eran «razonables»: su fracaso final era ineluctable en la medida en que el elemento subjetivo, casi delirante, superaba a la objetividad. La realidad es siempre realidad, y quien rechaza el tomarla en consideración se estrella contra ella. En los asuntos humanos es el único punto que juega en favor de la racionalidad. El fracaso de Hitler no es, sin embargo, una victoria

directa de la racionalidad, ya que se debió a la puesta en marcha de elementos irracionales: el nacionalismo de los países no alemanes que se oponían al nacionalismo alemán. Se combatieron hombres empujados, cada uno, por lo irracional. La racionalidad de Hitler hubiera sido no substituir la fuerza de lo irracional en los demás.

«En mi ardorosa juventud, nada me afectó tanto como haber nacido en un período que claramente no erigía sus templos de gloria más que a los tenderos y a los funcionarios».

Cuando tiene diez años estalla la guerra de los boers:

«La guerra de los boers se me presentó como si fueran los relámpagos de una lejana tormenta».

«Buscaba a diario los periódicos y devoraba sus despachos y comunicados, y me sentía feliz de poder ser testigo, por lo menos a distancia, de ese combate de héroes».

En 1914, Hitler tiene veinticinco años, y se alista como voluntario desde el primer día de la guerra:

«(...) llevado por un entusiasmo tumultuoso, caí de rodillas y agradecí con todo mi corazón al Cielo por haberme dado la felicidad de vivir en esa época».

«Así comenzó para mí, al igual que para todo alemán, el tiempo más inolvidable y sublime de toda

mi existencia. Ante los acontecimientos de esta lucha gigantesca, todo el pasado se reducía a una insípida nada».

El tema de la guerra en «Mein Kampf» —podríamos citar otros muchos ejemplos— origina en el autor sentimientos de felicidad y de alivio que nos parecen sinceros y convincentes.

Hitler experimenta en su infancia violentos sentimientos agresivos, más adelante intentaremos demostrar contra quien. Dicha agresividad, difícilmente dominada y reprimida, fuente de culpabilidad, la siente, en razón de su intensidad, como una amenaza para el «yo».

Desde el comienzo se ponen en marcha dos procesos que, en cierta medida, pueden ser una solución o, por lo menos, una descarga instintiva que alivie la tensión interna: la proyección por la que el enemigo interno es exteriorizado, «proyectado» sobre un objeto externo contra el que puede ejercerse el odio con menos daño para el «yo», y el paso al acto, el ejercicio de la violencia, ya en las luchas infantiles, ya, más adelante, en la guerra.

«Mein Kampf» es, del principio al final, un terrible canto de odio y de guerra. En suma, Hitler rebosa de odio interior y necesita

HITLER

a toda costa **gastarlo** en el exterior.

Su visión del mundo es tan pesimista, que ante ella nada encuentra gracia.

La época es «embustera y corrompida», decadente. «Nuestra época, ahogada por la mezquindad de sus objetivos, o, mejor, por la servidumbre ante el dinero...». «El mundo, que es tan bruto, que tiene la memoria corta...».

Ninguna indulgencia hacia el pueblo alemán, pueblo al que «Mein Kampf» intenta, sin embargo, conquistar. La naturaleza apasionada del autor le impide disimular: «Se trata de una especulación (adular los más viles apetitos) que rinde mucho cuando se dirige a la masa, cuya pereza intelectual iguala a la presunción». «En su inmensa mayoría, el pueblo se encuentra en una disposición y en un estado de espíritu tan femeninos, que sus opiniones y actos se determinan mucho más por la impresión que producen en sus sentidos que por la pura reflexión». «¿Qué iba a darse como pasto a las masas, suponiendo que el marxismo pudiera ser destruido?».

De vez en cuando se hace alusión a Dios. Así, se define al hombre como «el querido monito del Padre Eterno». Resulta evidente que se trata de una forma de estilo. La fuerza que domina a los seres y las cosas no es de esencia paterna —Dios—, sino manifiestamente materna. Es la **Naturaleza**.

«La doctrina judía del marxismo rechaza el principio aristocrático observado por la Naturaleza, y pone en lugar del privilegio eterno de la fuerza y de la energía el predominio del número y su peso muerto».

«El hombre no debe caer nunca en el error de creer que ha llegado de verdad a la dignidad de señor y dueño de la Naturaleza (...). Por el contrario, debe comprender la necesidad fundamental del reino de la Naturaleza y lo mucho que su existencia sigue sometida a las leyes del eterno combate y del eterno esfuerzo necesarios para elevarse».

«Entonces sentirá que en un mundo en que los planetas y los soles siguen trayectorias circulares, en el que las lunas giran alrededor de los planetas, en el que la fuerza reina en todas partes y sola, dueña de la debilidad, a la que obliga a servir dócilmente o que destroza, el hombre no puede depender de leyes especiales».

El hombre es, pues, un animal como los otros, sin duda más fuerte que los demás. Así queda negado, al mismo tiempo que un estatuto «humano» del hombre, el principio paterno basado en el Derecho y la razón, en beneficio del principio materno (o, mejor dicho, de uno sólo de los principios maternos, ya que falta el amor) de fuerza arbitraria y de energía.

«El mundo no pertenece más que a los fuertes que aplican soluciones totales, no perteneciendo a los débiles con su media medida».

Se trata de una madre-Natura-

leza profundamente indiferente a sus hijos.

«La Naturaleza no conoce fronteras políticas. Coloca en el globo terrestre a los seres vivos unos junto a los otros, y contempla el libre juego de las fuerzas. El más fuerte en valor y en actividad, hijo predilecto de la Naturaleza, obtendrá el noble derecho de vivir».

El único fin de la Naturaleza es la voluntad de sobrevivir. Sobrevive sólo el más fuerte, quien no queda ligado por el Derecho, ni por la tradición, ni por los simples sentimientos de Humanidad, «ya que la arremetida final hacia la vida romperá las ridículas trabas de una pretendida Humanidad individualista para dejar paso a la Humanidad según la Naturaleza, que aniquila a los débiles (1) para dejar sitio a los fuertes».

La prueba que permite deshacer el empate entre el fuerte y el débil en esta «arremetida hacia la vida» es la guerra. El error dramático fue considerar a Hitler en 1925 y luego en 1933 como un hombre normal, como un político que se sirviera de los nervios y los sentidos de su pueblo, si bien secretamente resuelto a aplicar las reglas tradicionales de la diplomacia en una conferencia internacional. Por una parte, existe en nosotros un tabú, a partir de cierto grado de éxito social, para aplicar los habituales criterios psicológicos. Por otra parte, está en dramático retraso la ciencia de la psicopatología social. Hoy día todo nos indica, y sobre todo la lectura retrospectiva de «Mein Kampf», la naturaleza patológica, paranoica de Hitler. Tal vez el único medio de evitar la guerra hubiera sido emplear con la Alemania hitleriana la única arma capaz de impresionar a Hitler: la demostración de fuerza. Incluso así la guerra era inevitable, ya que suponía una fuerte necesidad psíquica de Hitler y parte integrante del amplio programa nazi de expansión hacia el Este, hacia Rusia.

«Si se deseaban territorios en Europa (y en el libro se indica que eso es una necesidad vital para Alemania, con el fin de dar un suelo a una "raza" en expansión y colonizar una "raza inferior" necesaria como mano de obra), había que adquirirlos a costa de Rusia. Entonces hubiera sido necesario que el nuevo Reich siguiera otra vez el camino de los antiguos caballeros de la Orden teutónica, para que la espada alema-

(1) Subrayamos la frase para señalar que la exterminación sistemática de los judíos estaba ya virtualmente contenida en *Mein Kampf*; o sea, desde 1924-1925. Consciente o inconscientemente, Hitler estaba ya en esa fecha decidido al exterminio de judíos en el caso en que las circunstancias se lo permitieran. En psicopatología se sabe que han de tomarse al pie de la letra las amenazas de una personalidad paranoica.

na asegurara la gleba al arado alemán y diera así a la nación el pan cotidiano». Si las potencias occidentales no hubieran intervenido en el asunto de Dantzig, Hitler hubiera invadido Polonia, y ante la lectura de «Mein Kampf» resulta bastante lógico suponer que hubiera atacado en primer lugar a Rusia. Numerosos argumentos favorecen tal hipótesis, entre ellos —argumento psicológico capital cuando se trata de una personalidad como la de Hitler— su respeto y estima hacia Inglaterra, habitada, según él, por un vástago de la gran raza aria: los anglosajones.

Citemos este otro párrafo del libro:

«Alemania será una potencia mundial o no será. Pero para convertirse en una potencia mundial necesita de esta grandeza territorial que le dará en el presente la necesaria importancia y a sus ciudadanos los medios de existir».

«Nosotros, nacionalsocialistas, boremos deliberadamente la orientación de la política exterior de antes de la guerra. Comencemos allí donde se

dejó hacer seiscientos años. Detengamos la eterna marcha de los germanos hacia el Sur y hacia el Oeste de Europa, y lancemos nuestras miradas hacia el Este (...).

«Pero si hoy día hablamos de nuevas tierras en Europa, no podemos pensar más que en Rusia y en los países limítrofes que de ella dependen (...). El gigantesco Estado del Este se halla maduro para el hundimiento (...). Hemos sido elegidos por el destino para asistir a una catástrofe (...).

Convenía tomar al pie de la letra una declaración como la siguiente:

«Nadie puede poner en duda que la existencia de la Humanidad no dé lugar un día a luchas terribles. A fin de cuentas, el instinto de conservación triunfará sólo, instinto bajo el que se funde, como nieve ante el sol de marzo, esa pretendida Humanidad que no es más que la expresión de una mezcla de estupidez, cobardía y pretensión. La Humanidad ha progresado en la lucha perpetua, la paz eterna la conduciría a la tumba. Por lo tanto, lo primero de todo, el combate; luego, tal vez el pacifismo (...) a partir del momento en que el hombre supe-



rior: haya sometido al mundo en una extensión lo suficientemente grande para ser el único dueño de la Tierra».

No hay otro valor que el de la vida biológica. No se sobrevive más que aniquilando al que es más débil. En este combate, en esta guerra, no hay que respetar ninguna ley. Y esta guerra entre los hijos de la vida se desarrolla ante los ojos de una madre todopoderosa, la Naturaleza, que no conoce el amor, que permanece impasible, despiadada, y se muestra terrible para quien intenta infringir su única ley, la supervivencia para el fuerte, la muerte o la esclavitud para el débil.

«Por consiguiente, la lucha que enfrenta a unas razas contra otras se debe menos a una profunda antipatía, que al hambre y al amor. En los dos casos, la Naturaleza es un testigo impasible e incluso insatisfecho».

«Aquellos meses senti por primera vez la perfidia de la fatalidad (...)».

El punto fundamental de esta ideología radica en que la Natu-

raleza es todopoderosa y el hombre impotente. Se trata de una ideología «reaccionaria», no en el sentido político, sino en cuanto que representa un retorno a una época arcaica del desarrollo humano colectivo e individual, en la que reinan los fantasmas más agresivos, dirigidos esencialmente hacia la madre, un retorno hacia esa época en que la racionalidad —el poder del hombre sobre la Naturaleza— era mínima. Ya hemos visto que el desarrollo de la modernidad está esencialmente ligado a un progreso de la racionalidad captado en el inconsciente como un poder del padre (la razón, la limitación del poder por el Derecho, el lenguaje) sobre la madre arcaica vivida precozmente (a consecuencia de la proyección de la agresividad sobre ella) como vida, fuerza arbitraria, energía sin freno ni ley.

En el nazismo, en la ideología creada por Hitler, encontramos por primera vez la libre expresión de lo contenido materno (la imago de la madre mala). Hablar

de ideología reaccionaria no quiere decir tentativa de retorno histórico hacia atrás. La ideología de Hitler es una reacción contra el progreso de la racionalidad desde hace tres mil años, y eso tanto más cuanto que, como vamos a ver, representa una tentativa de defensa contra un padre vivido como todopoderoso y sádico.

Por primera vez, en miles de años, se dice que las tentativas racionales del hombre para aligerar la presión del medio ambiente exterior e interior, para mejorar el estado de cosas natural, son un señuelo condenado al fracaso. La madre vengadora, agresiva y mala es más poderosa que el padre, que el hombre.

«En realidad, el hombre no ha vencido aún a la Naturaleza en ningún punto; todo lo más ha cogido e intentado levantar alguna pequeña punta del enorme, del gigantesco velo con que ella cubre sus misterios y secretos eternos; el hombre no ha inventado nunca nada, sino que se ha limitado a descubrir todo lo que sabe; no domina la Na-

turalidad, y debido sólo al conocimiento de algunas leyes y misterios naturales aislados, ha logrado convertirse en el dueño de los seres vivos a los que falta este conocimiento».

«Eso puede parecer duro, pero es así».

«Sin embargo, mucho más dura es la suerte del hombre que cree poder vencer a la Naturaleza y, en realidad, la insulta».

«Angustia, infortunio, enfermedades son la respuesta de la Naturaleza».

No se puede trazar más claramente uno de los dos grandes motivos de «Mein Kampf». He aquí, a nuestro entender, una causa inconsciente (a la que se añadieron, como es lógico, otras motivaciones políticas, económicas, sociológicas) de la fascinación ejercida por Hitler en el alma colectiva de su pueblo: le proponía su meditación «paterna» ante esta madre terrible (que, a partir de entonces, ya no tendría motivo para ser vengativa).

Esta madre mala pasaría a ser, gracias a la intercesión de un hé-



roe, de un hijo privilegiado de la madre —el propio Hitler—, una aliada en lugar de una temible enemiga: «Ante mis ojos se ponía en marcha la reedificación. Y, al mismo tiempo, veía a la diosa de la venganza inexorable levantarse contra el perjurio del 9 de noviembre de 1918».

«Mein Kampf» es, pues, canto de odio y de guerra y representa a la Naturaleza ultrajada por la racionalidad.

En esta furiosa agresividad, de la que no se salvan ni siquiera aquellos cuyos sufragios busca el autor («las masas»), conviene observar la pobreza del elemento libidinal, amoroso en sentido amplio.

Pasado el período de infancia, el elemento libidinal, cuando aparece, se dirige casi únicamente hacia entidades: la raza, la Naturaleza, la madre-patria.

Cuando el 11 de noviembre de 1918 se anuncia el armisticio, el cabo Adolf Hitler siente lo siguiente:

«Pero cuando el viejo (un pastor protestante) intentó proseguir su discurso y comenzó a exponer que ahora estábamos obligados a poner fin a la guerra, que en el futuro nuestra patria sufrirá una dura opresión, porque ahora la guerra estaba perdida y debíamos entregarnos a la gracia del vencedor, que era necesario aceptar el armisticio con la confianza en la magnanimidad del vencedor, entonces ya no pude soportarlo más. Me fue imposible seguir escuchándole. De repente la noche invadió mis ojos, y tanteando y tropezando volví al dormitorio, me tumbé sobre la cama y escondí mi ardiente cabeza bajo la cubierta y la almohada.

«No había llorado desde el día en que estuve junto a la tumba de mi madre. Cuando en mi juventud el destino se abatió sobre mí sin piedad, mi orgullo se desarrolló. Cuando, durante los largos años de la guerra, la muerte arrebató de nuestras filas a tantos queridos compañeros, casi me hubiera parecido un pecado llorarles, ya que murieron por Alemania».

La madre ha sido vencida, humillada por el padre. Hitler se ha identificado con esta madre. Vive la derrota como si fuera tratado como mujer por el padre-vencedor, lo que corresponde a la emergencia de un deseo intolerable para el «yo», y que todas las defensas psíquicas del autor tienen por misión combatir y contener.

Puesto que las defensas han sido ineficaces para proteger al «yo» de la angustia, otras defensas más arcaicas, más psicóticas toman el relevo. Dos páginas más adelante se cierra el capítulo de la siguiente manera:

«Siguieron espantosas jornadas y peores noches: Sabía que todo estaba perdido. Sólo los insensatos, los embusteros y los criminales podían esperar clemencia del enemigo. En esas noches nació en mí el odio, el odio contra los autores de este acontecimiento.

«En los días siguientes tenía que decidir sobre mi propia suerte. De-

bía ahora reír al pensar en mi porvenir, que, poco tiempo antes, me había causado tan amargas inquietudes. ¿No era ridículo construir casas sobre tal terreno? (Hasta esa fecha, después de su fracasado intento de ingresar en la Escuela de Bellas Artes de Viena y hacerse pintor, Hitler se había destinado a la carrera de Arquitectura). Por último, vi claramente que había llegado lo que tantas veces había pensado y que nunca puede creer a sangre fría (...).

«Con el judío no se podía pactar, sino sólo decir: todo o nada. En cuanto a mí, decidí dedicarme a la política».

Así interpretamos este párrafo. En la época de su infancia se había producido una cierta aunque muy incompleta integración del conflicto edipiano con el padre. La decisión de Hitler adolescente de hacerse pintor parece testimoniar su deseo de sublimar los elementos no integrados del conflicto edipiano. Al pintar paisajes, Hitler alaba, admira a la Naturaleza —la madre— y la testimonia su amor en la cálida intimidad de la inspiración creadora. Pero también admira a los maestros —cita varios nombres de pintores en «Mein Kampf»—, lo que demuestra un mínimo de posibilidad de acuerdo con los padres, con el padre.

Su padre se opone con autoridad y firmeza a una carrera de artista pintor. El conflicto, agudo, dura todo el último año de la existencia del padre, cuando el hijo tiene entre doce y trece años.

«Cuando por última vez, tras una nueva negativa mía de aceptar su idea favorita (hacerse funcionario), mi padre me preguntó qué es lo que quería ser, mi resolución ya formada me dictó una respuesta inmediata que le dejó casi mudo.

«¿Pintor! ¿Artista pintor?».

«Dudó de mi sano juicio, creyó haber oído o comprendido mal. Cuando mis explicaciones completas sobre este punto le mostraron el carácter serio de mi proyecto, se opuso tan resueltamente como él podía hacerlo. Su decisión fue excesivamente simple, sin dar lugar a ninguna consideración sobre las disposiciones reales.

«Artista pintor, no, nunca». Pero como su hijo había heredado, al mismo tiempo que sus otras cualidades, una obstinación semejante a la suya, la respuesta en sentido contrario fue de la misma energía.

«Ninguno de los dos cedimos. Mi padre no abandonó su "nunca" y yo confirmé mi "a pesar de"».

«El año siguiente, tras un año de conflicto agudo ("ruegos y amenazas no pudieron cambiar nada"), la cuestión de mi profesión quedó zanjada más pronto de lo que esperaba.

«Tenía trece años cuando perdí de repente a mi padre. Un ataque de apoplejía le fulminó en pleno vigor (...).

«Tras la muerte del padre, la madre se alió con el hijo, y autorizó esta vocación hasta entonces contrariada. Casi inmediatamente después de dar su consentimiento cayó enferma, víctima de "larga y dolorosa enfermedad que desde el comienzo no dejó más que una débil

esperanza de curación. El golpe fue terrible. Yo había respetado a mi padre, pero había amado a mi madre».

Es probable que Hitler sintiera, inconscientemente, la enfermedad de su madre como el efecto de la venganza póstuma del padre, que se oponía al acuerdo pactado entre madre e hijo. En tal caso, Hitler se hubiera sentido inconscientemente responsable de la enfermedad y de la muerte de su madre, sentimiento de culpabilidad intolerable. De manera más profunda, el acuerdo con su madre lo vivía como la realización del deseo edipiano de unión íntima con la madre. La enfermedad y muerte de la madre testimonian al adolescente la hostilidad, el firme rechazo del padre, lo que provoca en él una intensa agresividad inconsciente hacia la imagen del padre, que, no contento con atacar al hijo («yo tenía los pulmones gravemente dañados»), asesina lentamente a la madre amada, venganza refinada de un padre sádico que encuentra así el castigo más apropiado para hacer sufrir a su hijo.

A nuestro entender, se puede defender la tesis según la cual toda la ideología hitleriana gira alrededor de la negación delirante de la realidad vivida entonces. El sistema inconsciente sustentado por Hitler consiste en decir lo siguiente: «No, el padre ya no es el más fuerte. Sus maniobras son sutiles y tortuosas; penetra por todas partes como un veneno, se infiltra en su víctima. Pero la madre es más fuerte que el padre, se venga de quien la ataca. Y, ayudado por esta madre vengadora, yo, el hijo, voy a exterminar, a aniquilar al padre, a hacerle desaparecer por completo, como si nunca hubiera existido. No, mi madre no ha muerto. Matar al padre es resucitarla, volver a darle la vida y la omnipotencia». La ideología de Hitler es la afirmación delirante de que es posible una vuelta hacia atrás, de que si él mata al padre, su madre revivirá. Y que, por lo tanto, no será responsable de su muerte.

La realidad repetirá para él, y por segunda vez, el drama vivido en su adolescencia. La derrota, en 1945, señala una vez más el triunfo del padre. Hitler, entonces, repetirá el pasado, y esta vez, cumpliendo el terrible fantasma, matará a aquella que ha ocupado el lugar de su madre: Eva Braun, la heredera de la madre edipiana; luego se suicidará él. Solamente bajo la perspectiva de esta muerte podrá considerarse no ya como hijo de la madre, sino como hombre adulto: casarse con Eva Braun. El matrimonio —es decir, hacer como el padre, convertirse él mismo en un padre— lo habrá vivido inconscientemente durante su existencia como sinónimo de la muerte por el padre, como una bravata hacia el padre que llevaría consigo la

muerte del hijo y de la madre. Que no se diga que quedándose soltero Hitler quería incrementar su leyenda, la imagen que de él tenían sus fieles: le importaba tanto como antes, en el instante de su muerte, la leyenda que iba a dejar detrás de él. Pensaba que otros reanudarían, en su nombre, el combate contra el padre. Para convencerse de su estado de espíritu en aquel momento, basta leer el testamento político que dictó horas antes de su muerte.

El elemento delirante de la ideología hitleriana —la impotencia del hombre, del padre ante la Naturaleza— no tiene más sentido que el de luchar contra la realidad vivida del poder del padre. Hitler, en el fondo de sí mismo, conoce el poder de este padre. Más allá de la muerte (que no existe para el inconsciente), ¿no ha logrado este padre matar a la madre?: este conocimiento es intolerable. Toda identificación con el padre resulta imposible, ya que equivale a matar a la madre tiernamente amada; además, el odio al padre hacía ya imposible la identificación. La única y delirante solución: ya no habrá más padre. Y a toda costa, bajo pena de angustia psíquica y de muerte, ha de mantener este delirio protector que se convierte en su línea de defensa contra el padre.

Su madre sigue enferma cuando Hitler va a Viena a examinarse para ingresar en la Escuela de Bellas Artes:

«Durante la última enfermedad de mi madre fui a Viena a examinarme para el ingreso en la Academia de Bellas Artes. Provido de un grueso paquete de dibujos, me puse en camino, convencido de que pasaría el examen sin dificultades (...). Era la segunda vez que visitaba esta hermosa ciudad y esperaba, lleno de impaciencia y de orgullosa confianza, el éxito de mi examen. Estaba tan convencido del mismo, que el anuncio de mi fracaso me sorprendió como rayo en un cielo azul (...). Dejé, completamente abatido, el palacio Hansen, en la Schiller-Platz, dudando de mí por primera vez en mi vida. Porque lo que acababa de oír decir sobre mis disposiciones me reveló de golpe, como imprevisto relámpago, una discordancia que padecía desde hacía mucho tiempo sin poderme dar cuenta exactamente de su naturaleza y de sus causas».

El padre de poder absoluto e implacable ha lanzado un doble aviso: enfermedad pulmonar del hijo y enfermedad de la madre. Ahora golpea: fracaso del hijo, seguido rápidamente de la muerte de la madre.

Hitler decide abandonar la carrera de pintor. Se hará arquitecto. Cede en parte ante el padre y, como vamos a ver, comienza a desarrollar una agresividad mortal hacia él o sus sustitutos. La derrota de 1918 la vive como el tercer golpe que recibe del padre: «Todo estaba perdido». Derrota vivida, según el texto, como repetición de la muerte de la madre.

¡Terrible poder del padre! Hitler abandona la idea de hacerse arquitecto. La realidad es insoponible, ya que por todas partes el padre manifiesta su poder. El delirio ideológico se desarrolla: es necesario cambiar la realidad, negarla en el acto, matar al padre, resucitar a la madre.

Es verosímil que Hitler, en una parte de su «yo», no podía creer en el triunfo de su proyecto. Sabía que el poder del padre estaba sobre él y en él, impidiendo, por ejemplo, su matrimonio. Probablemente de este hecho se deriva, incluso, cierta conducta de fracaso de Hitler. En ciertas decisiones de Hitler, el padre, tal como lo vivía inconscientemente, se afirma, llevando al hijo a su perdición. Nadie escapa por completo a la culpabilidad.

En esta tercera gran enfermedad infantil de la racionalidad, que constituye la religión laica del dictador (tras la religión monoteísta del Dios-Padre y la religión de la ciencia o del sabio), asistimos a un vuelco completo de las posiciones defensivas.

Las torpezas, la rigidez, el anacronismo anticientífico (el proceso de Galileo) en una época de revolución científica, la evolución socio-cultural y la influencia cada vez mayor del ideal tecnológico, hicieron difícil al cristianismo el continuar desempeñando el papel que era el suyo hasta entonces.

El **scientismo** del siglo XIX (del que el tecnocrático del capitalismo y el marxismo oficial constituyen prolongaciones) le sucede. El sabio-rey va a asegurar el dominio absoluto del hombre sobre la Naturaleza. ¿No está a la vista la edad dorada, así como la solución de los conflictos, tensiones y alienaciones? ¿No va a ser vencida la misma muerte por el sabio, por un nue-

vo Edison? Entonces, el hombre y Dios coincidirán, el hombre será semejante a ese Dios al que ha dado rasgos paternos. Todo hombre, padre eterno, ya no tendrá nada que temer de las imágenes parentales en él.

Sueño grandioso que, bajo esta forma, al no tomar en consideración el compuesto irracional del ser humano, está condenado rápidamente al fracaso profetizado por Villiers de l'Isle-Adam en *La Eva futura*.

El nazismo representa un vuelco completo de las alianzas: Hitler —sus problemas personales se unen al espíritu de la época— propone matar a este padre que, para el inconsciente, es el agente del desarrollo de la racionalidad científica, y para este combate, aliarse con la madre peligrosa.

Es evidente que no existe adecuación completa entre la demanda colectiva de la época y la personalidad de Hitler.

Para Hitler, perseguido por la maldición paterna —además de su propia agresividad hacia el padre y de ciertos azares de su destino: muerte brutal del padre en el momento del conflicto agudo padre-hijo, enfermedad personal, enfermedad y muerte de la madre-aliada, fracaso en la Academia de Bellas Artes—, la identificación con el padre es casi imposible: el odio y la agresividad demasiado intensos transforman el pene-falo paterno en «mal objeto» altamente tóxico. Cuanto más imposible es esta identificación, con más vehemencia se la desea, ya que el padre está presente en todas partes, reflejado por todas las instituciones socio-culturales de la época, presente en el arte, la política, etcétera. Hitler ha de luchar a toda costa contra su deseo de identificación con el padre. Debido a su naturaleza y a las

circunstancias, se ve obligado a adoptar posiciones defensivas paranoicas y casi delirantes de negación de la realidad: la madre no ha muerto, el padre no es tan poderoso como parece, va a ser aniquilado. Entonces se unirán la madre vengadora y vengada y su hijo privilegiado y vengador.

El pueblo alemán, llevado por su necesidad de hallar una mejor posición defensiva, se ve empujado, en último análisis, por un deseo y una voluntad de vivir, así como por la nostalgia de un padre fuerte. Hitler se compromete, por su drama personal, en una lucha suicida contra el padre, suicida porque todo golpe contra el padre le acrecienta el temor hacia él. Puesto que es una imagen instalada en el interior de Hitler, el padre es intocable, inaccesible a los golpes dados en el exterior. Por el contrario, toda agresión contra una imagen exterior del padre es interiorizada y cambia de sentido. Una agresión del hijo contra la imagen exterior del padre —o sus derivados, sustitutos— se convierte, intrapsíquica, inconscientemente, en una agresión vengativa de la imagen paterna contra el «yo» del hijo. De ahí esa imagen que aparece constantemente en «Mein Kampf» de una contaminación por el enemigo que, como si fuera un germen, un bacilo, un veneno, se infiltra, se introduce en la sangre de su víctima, en el interior de su cuerpo.

Las posiciones regresivas alcanzadas por Hitler en el momento de esta sucesión de dramas de su juventud le llevaron a fases muy arcaicas, mortíferas y destructoras, a esas fases de la vida del niño en que dirige contra la madre una agresividad feroz. Ya hemos señalado que esta agresividad arcaica interiorizada consti-

tuye la imago de la madre peligrosa. Al sentirse culpable de la muerte de esta madre amada, Hitler vuelve a las posiciones del niño que ve, fantasmáticamente, la mutilación de la madre frustradora. Inconscientemente se encuentra, pues, en lucha con la imago de la madre hostil. Su defensa psíquica, reflejada por la ideología que se expresa en «Mein Kampf», es la siguiente:

— La imago de la madre hostil, vengadora, existe, y habrá que contar con ella;

— pero una parte de su terrible poder podrá desviarse hacia la imago del padre.

El papel del enemigo ya no lo tiene la madre ni el padre castrador, sino solamente el padre.

Cabe adelantar la hipótesis de que en la situación moral en que se encontraba Hitler en Viena durante esa época, de no haber alcanzado y luego consolidado (en particular al escribir «Mein Kampf») esta posición defensiva, se hubiera visto obligado al suicidio.

Responsable de la muerte de su madre —por lo menos así lo pensaba inconscientemente—, en lucha con la imagen vengadora de esta madre, sin poder contar con el apoyo del padre (debido a su agresividad hacia dicho padre), el suicidio parece la única salida posible.

La solución defensiva adoptada es también suicida, pero no a plazo inmediato. Toda la fuerza de las pulsiones agresivas prestas a volverse contra el «yo» de Hitler (así ha de entenderse el suicidio), se deriva hacia un objeto exterior. La existencia de este enemigo es la condición vital de la supervivencia. Por otra parte, el problema no se centra esencialmente en dicha existencia, ya que siempre se puede inventar otro enemigo. El problema consiste en que, como ya hemos dicho, todo golpe contra el padre aumenta la potencia intrapsíquica del padre sobreimagoico, es decir, aumenta la intensidad de la pulsión agresiva, que conviene derivar hacia el exterior. Por una fuerza inconsciente, Hitler se ve arrastrado ineludiblemente a una escalada de su agresión contra el objeto exterior. Y no puede dejar de agredir al objeto, bajo pena de un retorno masivo de la pulsión agresiva contra el «yo», es decir, de un suicidio.

El enemigo, el padre, sigue siempre inaprensible incluso en el mismo centro de la psique de Hitler.

El único recurso es una huida hacia adelante en el paso al acto. La particularidad de este caso, en el campo de la psicopatología, reside en que representa una especie de **delirio en acto**. El presidente Schreiber escribió su paranoia. Hitler la escribió en parte («Mein Kampf»), pero sobre todo la vivió, la ejecutó y la impuso al mundo. ■ G. M.

El Führer, con Eva Braun, en el «bunker» de la Cancillería, poco antes de su fin.

